

LA ESPAÑA MODERNA,

POR

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.



SANTIAGO,

IMPRENTA DEL FERROCARRIL, CALLE DE LA BANDERA, NUM. 59.

— 1866 —

La España moderna.

I.

La malignidad francesa ha puesto en España los castillos en el aire. Como siempre, la malignidad francesa ha dicho riendo algo profundamente verdadero: España es un castillo en el aire.

¿Qué cree ser? Todo. ¿Qué es realmente? Nada.

España se cree un país libre i es un país sobre el cual pesan todos los despotismos; se cree una nación poderosa i es una débil nación; cree que tiene finanzas, administración, gobierno, partidos, instituciones i solo tiene despilfarro, embrollo, anarquía; se cree una monarquía constitucional i jamás se supo en España lo que es respeto a la Constitución; se cree una nación de guerreros i de políticos, i sus guerreros apenas alcanzan la talla de un general vulgar, i sus políticos son intrigantes audaces sin una idea

elevada, sin un principio fijo, sin una de esas fuertes miradas de conjunto que caracterizan al hombre eminente. Vedlos poder i vedlos oposicion. Oposicion, como todos los políticos vulgares en disponibilidad, no saben otra cosa que hacer una crítica sistemática, sin luz ni enseñanza, a cuanto acomete el poder. Poder, nada escuchan, toda observacion les importuna, cierran brutalmente la puerta del consejo a las advertencias de la discusion. En la oposicion son una perpétua promesa; en el poder una eterna apostasía. Bajan, vuelven a las promesas; suben, vuelven a las apostasías.

De esta manera, todos los cambios que se operan en la política española, que son incesantes i hacen perder la cabeza, no son sino cambios de hombres, de nombres. Cae Narvaez i sube O'Donnell. ¿Qué hace? Corre al gabinete de su predecesor i recoge de bajo la mesa el programa que él mismo escribiera ántes, que su predecesor no hizo sino copiar i que él recopia. Narvaez como O'Donnell, O'Donnell como Narvaez han dicho: libertad de la prensa! i han quedado la censura, i las recojidas, i los denuncios. El día de la exhibicion del programa se los suspende. Al día siguiente se guarda el programa i se vuelve a las andadas.

Esto es lo que en España se llama gobernar. Pero es tambien lo cierto que ahí no puede gobernarse de otro modo.

Para comprenderlo, basta estudiar la índole de los partidos que tienen las cartas en el juego del extraño parlamentarismo español.

Cada uno de esos partidos es un hombre, por lo comun un jeneral, en cuyo derredor se agrupan algunas individualidades que son como sus satélites.

El partido moderado es Narvaez.

La Union liberal es O'Donnell.

El partido progresista es Espartero.

Como Espartero está viejo, Prim dragonea para sol.

En España no se comprende un partido sin una casaca i un sable, ni mas ni ménos como no se comprende en la mayoría de la América un presidente que no sea soldado.

Quién sabe si el partido democrático no avanza mas rápidamente hácia el poder porque le falta su caporal de sable, galoneado, brillante, pomposo, estrepitoso. España es un pais meridional i el español es todavía un niño a quien es preciso divertir i ofuscar. Además, donde no hai ideas se necesita de la espada. Es preciso, para gobernar a los pueblos, o ser fuerza, o ser intelijencia. Los partidos españoles no son intelijencia, son fuerza. En vano querrian sustraerse a esta fatalidad. Lo que en política se llama fatalidad! no es, de ordinario, sino la lójica.

Inútil es ir a buscar la intelijencia en los partidos españoles. Para esto seria indispensable que alguno tuviera un sistema fijo, decidido. Eso no se vé en España en los partidos legales ni en los hombres legales, porque la democracia i los demócratas no son legales ni como partidos ni como hombres. Todos los partidos viven allí de espedientes, ninguno presenta solucion ninguna.

El déficit crece, crece la deuda, se evapora el crédito, aumenta el impuesto en la misma medida que las fuerzas productivas de la sociedad disminuyen, i el remedio no llega. De espedientes han vivido los moderados; de espedientes vivió i está viviendo la Union liberal. ¿Lo harian mejor los progresistas? El pasado no afianza al porvenir. Dueños de la situacion en 1854, con la doble fuerza de la popularidad i la victoria, no acometieron ni concibieron nada fecundo, radical, grande. La revolucion despidió a los traficantes que se habian entrado en el gobierno i en el tesoro como en plaza tomada por asalto; pero nada hizo en el camino de las fuertes soluciones. Se preocupó mucho de la milicia nacional, poco del déficit; nada de los gastos improductivos, que aumentaron; nada

de la educacion, nada del aspecto económico i social que tenia aquella revolucion como todas las revoluciones de la segunda mitad del siglo diez i nueve.

La revolucion de 1854 se esterilizó. Fiel a su origen, un motin de jenerales, enjendró la Union liberal partido de negacion, enfermizo, inmoral en el que encuentran su hogar i su atmósfera los incrédulos i los renegados de todos los otros partidos. La Union liberal es una falange de desertores. Nada puede aguardar una nacion de un partido así formado. No hai para él lazo moral. Es un interes egoista el que reúne a sus miembros, los disciplina i les da cohesion. Ese interes suprimido, todo se desploma.

Así, gobiernan siempre para ellos, nunca para la nacion. Cuando se acuerdan de la nacion es para explotar sus pasiones, sus preocupaciones i sus ignorancias. Una explotacion fué la guerra de Marruecos, el grande acto de la Union liberal, que dió a España, en premio de tanta sangre i tanto dinero derramados, una indemnizacion de veinte millones de pesos, tres batallas, un duque, tres marqueses i un patio para su presidio de Ceuta. Pero España gozó del réjio placer de hacer la guerra. Una explotacion son las aventuras a Santo-Domingo, al Perú, a Chile. Distraen al pueblo. Ya que no tiene ni pan, ni trabajo, ni educacion, tendrá gloria. O'Donnell el atrevido será O'Donnell el victorioso, i ya no habrá nada que decir en su contra: es un ministro bendecido.

La explotacion siempre sale bien, porque los españoles siempre caen en el lazo. O'Donnell conoce a su pueblo. Nada prueba mejor el candor bélico del pueblo español que su despecho cuando se firmó la paz i se abandonó a Tetuan. Quería seguir guerreando. Poco le importaban las consecuencias con tal que el mundo hablara de él. Fuerza es convenir que la nacion se complace en las locuras de su gobierno, que es un loco maligno, un loco

egoista miéntras que ella es un loco candoroso. Para nada tomaba en consideracion la imposibilidad de un resultado cualquiera. Era preciso conquistar o retirarse. La conquista era imposible. Aun habiendo llegado a Tanjer, cosa improbable, era necesario conservar lo adquirido, cosa imposible. España, que no es bastante rica para pagar sus deudas, mal puede serlo para pagar su gloria.

Ahora, si el pais con que luchaba le era inferior en medios de agresion i de resistencia, tenia sobre ella una superioridad incontestable por el sentimiento de su nacionalidad i por el vigor de su contestura moral de pueblo. Marruecos tiene una personalidad, un carácter, España no los tiene. Marruecos es un pueblo francamente oriental, al paso que España es un compuesto es-céntrico de barbárie i civilizacion, de Europa i Africa, de tendencias modernas i de hábitos añejos que la hacen incapaz de ir a imponer en parte alguna un sello que no tiene. España es a los pueblos civilizados lo que la Union liberal es a sus partidos. Se mira a la Union liberal por la izquierda, parece moderada; se la mira por la derecha, parece progresista; se la mira en su conjunto, es un partido indefinible que no da de sí otra cosa clara que un hombre, O'Donnell; un nombre, Union Liberal. Así es tambien España; ya aparece como pueblo civilizado i ya como pueblo bárbaro. Despues de todo, no es otra cosa en Europa que una espresion jeográfica; porque no pesa ni toma parte en el movimiento del mundo ni como fuerza ni como intelijencia. Para ser fuerte la falta el oro i la falta la poblacion. Para ser intelijente la falta la instruccion i la faltan las ideas. No es ni nacion militar, ni nacion marítima, ni nacion industriosa, ni nacion pensadora.

¿Qué son cien mil soldados cuando el vecino tiene seiscientos mil? Qué pesan cuatrocientos cañones cuan-

do la Inglaterra monta la guardia en el Mediterráneo, i las Antillas están a la puerta de los Estados-Unidos? En estas apariencias de fuerza se pagan al precio de la expulsión de todos los mercados del mundo.

Pero los españoles están satisfechos. Cada buque que se construye i cada hombre jóven, vigoroso, activo que se arrebate a la familia, al campo, a la industria, ellos esclaman:—España se rejenera!

—¿Cómo así?

—¿Que no veis? Tiene ejército, tiene marina, espediciona a Marruecos, a Cochinchina, a Méjico, a Santo-Domingo, al Perú, va a imponer la lei a Chile. Todo es obra de O'Donnell.

I miéntras tanto, la nacion rejenerada no tiene crédito, porque no paga sus deudas; tiene soldados i no tiene ciudadanos; tiene majos i no tiene hombres trabajadores; tiene cuarteles i no tiene escuelas; tiene buques i no tiene caminos; tiene presupuesto i no tiene cómo cubrirlo honorablemente, es un verdadero calavera: gasta, goza, derrocha, arrastra carruaje, construye palacios, compra cuadros, bronce, caballos; pero adios todo eso una vez que los acreedores pierdan la paciencia!

La malignidad francesa tiene razon: España es un castillo en el aire.

II.

Habria sido curioso verla arreglarse para hacer nuestra educacion. Todo la habria escandalizado aquí.

Oid a sus diplomáticos. Nos consideran siempre en vísperas de la revuelta porque nos reunimos libremente, porque pensamos, hablamos, escribimos sin la venia de la autoridad i sin ir a someter nuestro pensamiento a la insolente tijera de un censor estúpido. Nuestros gobier-

nos son débiles, porque no dan golpes de Estado; arrebatan a la lei su prestigio, porque respetan la lei. Nada puede marchar en orden en países así organizados: están perdidos si la España moderna no los salva; ella que posee el orden que nace de la libertad, la prosperidad que nace del trabajo, la grandeza que nace del desenvolvimiento de la intelijencia, en el individuo i en la sociedad.

Pero es una quimera intentar llegar aquí con la libertad de la prensa i la libertad de reunion. Esto seria dar injerencia en los negocios a las turbas de la mayoría. España se arregla de otro modo. En España se gobierna sublevando rejimientos i dando batallas. Es el motin quien hace i deshace las situaciones, levanta o abate hombres i partidos. Preguntadlo a Vicálvaro i al Cuerpo de Guardias. En aquel país organizado, todo es cuestion de tener o perder algunos rejimientos. El amotinado de hoy será mañana el hombre de la legalidad i no vacilará en acusar a sus adversarios de turbulentos, como lo hacia O'Donnell en 1861 con la coalicion parlamentaria que le combatia, buscando el poder a la luz i no hurtándolo como él por las tramas tenebrosas de las conspiraciones i los golpes de mano. Pero esto no ha impedido a ese mismo O'Donnell fusilar a Ortega, que no hacia sino seguir sus huellas, i aplastar brutalmente la insurreccion de Loja, ese grito de la desesperacion popular. Se ahogó el grito, pero el dolor crece.

Es un soberbio espectáculo el de la estabilidad española.

La estabilidad española es un cambio ministerial cada tarde; es vivir en incesante acecho de las conspiraciones i los conspiradores; es un tumulto aquí, un desorden mas allá, los silbidos apagados a balazos, los reclamos de los contribuyentes concluyendo en una carnicería; es este diario recojido, aquel otro denunciado, los diaristas perseguidos, encarcelados, sometidos a los consejos de gue-

rra, desterrados; es el terror invadiendo el palacio por un artículo, por un grito, por un jesto, por la torpe delacion de un mal espía. La estabilidad española es la abstencion de los partidos que, fatigados de luchar contra el fraude i desesperando de poder contarse, aguardan la hora de batirse. La estabilidad española es las noches sin sueño, los centinelas doblados, los cuerpos de guardia siempre alerta; es un perpétuo aguardar al enemigo. Un partido se reune para comer, terror! Hai una gran corrida de toros, terror!—Si te mueves te mato! grita a toda hora al pueblo español la estabilidad española.

Gobernar es en España tener siempre un fusil apuntado contra el pueblo. Aquello es la anarquía intimidada, vencida, con centinela de vista; pero no es la anarquía destruida. Al contrario, la anarquía crece siempre. No está ya solo abajo, está tambien arriba. Los mismos dominadores no se entienden. Ya es Ríos Rosas, el teórico de la Union liberal, quien se separa estrepitosamente. Ya es Mon quien forma un ministerio en reemplazo del duque. Pero estos ministerios no viven. Vuelve a caerse en el duque. Ríos Rosas pasa, pasa Mon, pasa Pacheco, pasa Miraflores, pasa Narvaez, solo O'Donnell queda.

III.

¿I quién es este hombre omnipotente?

No es un talento, es una insolencia. De todo tiene O'Donnell la insolencia. No hai traje que no haya vestido, lenguaje que no haya hablado, bandera que no haya servido. Ha sido moderado, progresista, reaccionario, hombre de legalidad i hombre de conspiracion; ha hecho motines i ha fusilado amotinados; ha sido amigo i enemigo de Cristina, enemigo i amigo de Espartero. ¿Espartero lucha con Cristina? O'Donnell sirve a Cristina: debia

triunfar. Llega 1854. Espartero es el fuerte; O'Donnell está con Espartero. Cristina es arrastrada en la ruina de los lonjistas que dominaban con San-Luis; O'Donnell pide en su célebre programa de Manzanares su destierro perpétuo. Es una apostasía viviente; un hombre de negacion que solo puede vivir de la anarquía de los partidos. Que la anarquía cese i O'Donnell está perdido, falta el aire respirable para sus pulmones políticos. Todo su sistema es ser poder el mayor tiempo posible.

En el programa de Manzanares decia: Reforma de la lei de elecciones;—reforma de la lei de imprenta;—disminucion de las contribuciones. Mientras ha gobernado siempre ha hecho suya la mayoría parlamentaria. Gobernando él se han impuesto a la *Iberia* 226,000 reales de multas, al *Contemporáneo* 194,000, al *Clamor Público* 70,000, a la *España* 85,000, a la *Discusion* 55,000, al *Horizonte* 54,000, al *Reino* 30,000, a la *Esperanza* 20,000, al *Leon Español* 38,000, i al *Pensamiento Español* 12,000. Gobernando él la reduccion de los impuestos ha sido una sobretasa de un 10 por ciento.

Quejaos! O'Donnell se sonrie. Es su manera habitual de escuchar a sus enemigos. Pedidle respeto a la lei! O'Donnell os responderá:—“No es el presidente del Consejo quien morirá de empacho de legalidad.” La insolencia llega en él casi a ser una especie de talento. Es orador i no habla castellano, habla jerga. Es primer ministro i declara con desenfado que no entiende de leyes. Es soldado i no tiene subordinacion. Es hombre de Estado i no tiene ideas. El poder es para él un negocio. En Cuba negocia con la trata, se hace amparador de traficantes en carne humana, i es rico. En España negocia con los motines, i es hombre de Estado; hace una guerra nécia, i es duque; reúne los rezagados de todos los partidos, i se hace jefe de un partido que Rios Rosas caracterizaba admirablemente cuando le decia en plenas Cor-

tes:—“Me representais una série de ceros con una unidad “a la izquierda.” Todo es contrahecho, enfermizo, mal sano, pero audaz en las creaciones de este soldado, quo, en España, es un gran dignatario i que, fuera de España, no habria salido jamás de la esfera de una oscura mediocridad.

La trata le hace opulento. El motin le hace omnipotente.

Por la talla de O'Donnell se puede medir la de la España moderna.

IV.

Se ha dicho que España es el pais de lo imprevisto. Sí; es el pais de lo imprevisto porque es una eterna inconsecuencia.

En España se manda a galeras a Trigo i Matamoros porque leen la Biblia, se firma un concordato que entrega al clero la alta vijilancia de la instruccion pública, se envía una expedicion de embeleco a Roma revolucionada, se queman los libros ya que no se puede quemar a los hombres, son una potencia el confesor de la reina i Sor Patrocinio, el fanatismo tiene la insolencia de la fuerza, la supersticion es un poder; i, sin embargo, es en España donde se ha degollado a los frailes i es en España donde se ha saqueado al clero con el pretesto de desamortizar sus bienes.

Ahí estan las estimaciones oficiales de csos bienes. Propiedades que valian mas de dos mil millones de francos, el gobierno español las inscribia en el libro de su deuda tan solo por ochocientos ochenta i cinco millones. En 1845 vendia en ochocientos ochenta i siete millones propiedades de manos muertas que él compraba en tres-

cientos ochenta i siete. I las vendia a ese precio en momentos de depreciacion i de anarquía.

Pero el saqueo del clero no mejora la hacienda española, que en vano acude a todo jénero de espedientes para sacudir el peso de la deuda i cerrar la sima del déficit. Ante las Cortes siempre se presenta el presupuesto en equilibrio; pero jamas concluye el año financiero sin un nuevo empréstito.

¡I qué empréstito! Ahí están los de 1855. Autorizado el gobierno en esta época para levantar, primero un empréstito de cuarenta millones de reales i, en seguida, otro de quinientos, hé aquí como se arregló para hallar recursos. Un prestamista ofrecia un millon, por ejemplo, que pagaba parte en dinero i parte en valores contra el tesoro. En cambio recibia billetes sobre las provincias por el monto de su préstamo, i ademas títulos de la deuda que representaban una suma cuatro veces mayor que su acreencia, i que él recibia al 25 por ciento, miéntras que en la Bolsa se cotizaban al 30 o al 32 por ciento. Por medio de esta operacion, el que prestaba un millon recibia cinco millones de valores. ¿Qué sucedia? Que el prestamista descontaba, por una parte, sus billetes en buenas monedas, i por otra, enajenaba los títulos de la deuda española que se le habian dado en garantía, poniendo así al tesoro en la necesidad de pagar el interes de los billetes del préstamo i la renta de los títulos de la deuda fraudulentamente arrojados a la circulacion. Tomaba en préstamo un millon i pagaba intereses por cinco millones.

Esto lo dice todo sobre los espedientes españoles. I el que esto hacia es uno de los mas espertos hacendistas peninsulares, es el señor Madoz.

V.

Las finanzas de la España moderna son toda una curiosidad.

Solo en 1850 se trató de introducir algun órden en aquel cáos. Antes de esta época no existia contabilidad, presupuesto, ni siquiera posibilidad de registro. Las Cortes autorizaban los gastos i la recaudacion de los impuestos por un voto de confianza. Así, hasta 1850, España no ha sabido ni lo que tenia, ni lo que debia, ni lo que gastaba: gastaba cuanto entraba. Si habia falta de dinero, se acudia, entónces como hoi, a la deuda flotante, a transacciones con el banco español, a empréstitos forzosos. En diez años, de 1845 a 1855, se ha obligado a la propiedad raiz a prestar cuatro mil millones de reales. Como su valor es este mismo, cuatro mil millones, resulta que los propietarios han recomprado su propiedad, que ha habido una verdadera espropiacion; i esto sin contar el 14 por ciento de su renta que les arrebata el impuesto.

No hai espediente violento, atrasado, ruinoso o vergonzoso que España no haya puesto en juego. Tras la deuda flotante i los empréstitos forzosos, ha impuesto a sus acreedores, a los unos la reduccion de su capital, a los otros la estafa, a todos el mal pago. Esto es lo que han sabido idear en honra de la nacion los ministros españoles.

Pero miéntras que la nacion se vé espulsada de todos los mercados, no tiene crédito esterior i el crédito interior se vá, los ministros, los contratistas con el Estado, los grandes dignatarios de la corona se redondean las mas espléndidas fortunas. Un año hace apénas, la firma de unos cuantos banqueros franceses ha valido mas que la firma de la nacion española.

Esto se esplica. El ejercicio económico de 1864 se ha

cerrado con un déficit de mil millones de reales. ¿A cuánto montará ese déficit al concluir 1865?

Los ministros de hacienda se cambian como remudas de posta; pero ninguno halla nada que hacer; toda su habilidad se limita a retardar el diluvio.

Nada es posible aguardar del impuesto. No solo es progresivo en razon directa de la miseria, sino que ha sufrido una sobretasa de 10 por ciento. Las poblaciones principian a no poderle pagar. Protestan. Los dineros del impuesto caen en los cofres del Estado manchados con sangre. El empréstito no da mas esperanzas. Todos los establecimientos de crédito están atestados de papel depreciado.

Un hecho basta para caracterizar el pasado i el presente de la hacienda española.

Bravo Murillo, que es el que algo ha hecho para alumbrar aquel cáos, proponia en 1851 un arreglo presupuestario por el que se rebajaba a los funcionario el 15 i el 20 por ciento de su renta.

—Es una injusticia, se decia. ¿Por qué esa rebaja? Considerad la situacion en que se vá a colocar a los servidores del Estado.

—Al contrario, replicaba el ministro, van a ganar.

—¿Cómo ganar?

—Porque hoi no se les paga, i en adelante se les pagará.

Esto lo dice todo.

VI.

I mientras se aumentan las cargas, ¿qué se hace para alimentar las fuerzas productivas del pais?

—Ferrocarriles! responden orgullosamente los ministros.

Los ferrocarriles españoles son una historia entretenida. Han principiado por servir para alimentar las audaces especulaciones de los lonjistas patrocinados por el poder o por la corona, i hoy son la sima en que han ido a hundirse grandes capitales ingleses i franceses.

Decia hace poco el señor Orense:—“En España, sea por efecto de los malos gobiernos, antiguos o modernos, sea por otras causas, hemos tenido el don funesto de des- trozar i hasta poner en ridículo las ideas que en otros países han producido los resultados mas favorables a la prosperidad pública. Así los ferrocarriles son casi caminos de plomo, i se pierden los equipajes con una frecuencia no vista en el resto del mundo.”

Son los capitales i son los capitalistas extranjeros los que han emprendido los ferrocarriles españoles.

Napoleon III dijo:—El imperio es la paz! i uniendo a la palabra el acto, dió una impulsión poderosa a los intereses materiales. Como habia paz, los capitales abundaban i era preciso emplearlos. Los especuladores se acordaron de España, que, desde 1834, venia decretando ferrocarriles i haciendo concesiones sin haber construido, hasta 1851, sino una pequeña línea provincial en Cataluña i un principio de arteria central, el camino de Madrid a Aranjuez, que media nueve leguas.

Los capitales se fueron a España. Entónces una momentánea abundancia se hizo notar por todas partes. Los españoles se frotaban alegremente las manos. Aquello era una bendición. El oro frances i el oro ingles circulaba en sus mercados brillante i sonoro. La España se creia ya una nacion opulenta, rejenerada, grande. Los caminos se construyen, pero faltan los pasajeros, faltan las mercaderías, no se obtienen sino dividendos débiles o dividendos ficticios para arrancar el monto de las acciones. Aquello va siendo una verdadera liquidacion de ilusiones.

Nada mas natural. España tiene ferrocarriles, pero no

tiene caminos; tiene ferrocarriles, pero no tiene comercio; tiene ferrocarriles, pero no tiene industria; tiene ferrocarriles, pero esos ferrocarriles nada despiertan en aquel extraño país de majos, manolas i toreros, donde los mas cantan, hacen versos, toman el sol, pocos trabajan. El majo es un gran señor i el gran señor es un majo, cuando no es tambien un torero. Hai en España grandes señores que se precian de ser primeras espadas. Habladle de toros a un español; es soberbio, ostenta todos los recursos de su imaginacion meridional. Habladle de ciencia, de industria, de trabajo, de todo lo que forma el hombre i el pueblo de vida fuerte, séria, fecunda; se disgustará bien pronto. El español es el personaje de Larra que no aprendia jeografía porque debia saberla su postillon.

Si no le hacen ferrocarriles no habria sido él quien se tomara la molestia de hacerlos. Sin Pereire i Rostchild los ferrocarriles habrian sido una esperanza de papel o una piedra de escándalo. Tuvieron su parte en la revolucion de 1854. Están llamados a tenerla tambien en la futura revolucion que todo anuncia. En aquella, porque fueron un pretesto para las especulaciones escandalosas. En la futura, porque van a acelerar la tragedia haciendo desaparecer la prosperidad ficticia traída por el capital extranjero con su evaporacion o su salida; pues allí jamas hubo vida propia, prosperidad real, todo fué artificial i pasajero. El capital ingles i el capital frances galbanizaron la momia. Pasada la primera impulsión, la fuerza se ha perdido i todo amenaza volver a la fría inmovilidad de la tumba.

VII.

Era necesario haberse esforzado en mantener la vitalidad que venia. Todo lo que se ha hecho es abusar de

ella. Abusar de ella para aumentar las emisiones de papel, para locupletar a los camaradas, para hacer mayoría parlamentaria, para emprender guerras locas que afianzaran el predominio del militarismo, i para conseguir el rango de potencia de primer órden por el número de los navíos i de los rejimientos, que no se tenia con que pagar.

La senda de hombres de Estado cuerdos, hábiles, ambiciosos, si se quiere, pero noblemente ambiciosos, estaba trazada. En lugar de forzar a la nacion a perseguir una grandeza quimérica, debieron llevarla a la única verdadera grandeza, a la única grandeza que no pasa, a la que nace de la prosperidad moral, intelectual, material, no medida por los soldados i las escuadras, sino por la riqueza i el bien estar jenerales. Pero esta grandeza no da oportunidad para batirse en Vicálvaro, ganar una cartera, disolver cortes, reprimir motines lanzando al ejército contra el pueblo; no da el poder al mas audaz, lo da al mas hábil, i aquí no está el negocio de los hombres de Estado españoles.

Ademas, como ya lo hemos dicho, el pueblo español se goza en los soldados, en las escuadras, en las expediciones a todos los vientos; pretende ganar a la francesa las espuelas de gran pueblo. Como la Francia, querria tener su Arjelia i su Méjico; como ella, querria haber ocupado a Roma, ido a Oriente, influido en la suerte de Italia, hecho la gran política de la fuerza. Nadie le hará comprender que la grandeza de la Francia no está ahí, i que si hace todo eso sin declinar, es porque es mui fuerte i mui rica para no agotarse con las locuras de la falsa gloria de las carnicerías cesáreas. La Francia, ántes de ser grande como fuerza, es grande como intelijencia; ántes de hacer las sangrientas batallas de la destruccion, ha hecho la fecunda batalla del trabajo. Esos réjios pasatiempos que la España la envidia, no la fortifican, la debilitan. ¿Qué

la ha dado Arjel conquistado? Nada. La cuesta cuatro mil millones de francos. Méjico complica sus relaciones i tiene suspendida sobre su cabeza i sobre el mundo una catástrofe. La Francia es el primer soldado, pero es la primera inteligencia del mundo. Es esto lo que España no vé. El lado viejo de la política de la Francia napoleónica la ofusca, i aguarda que imitándola será la España rejuvenerada, la España engrandecida, la España moderna.

Pero crear escuadras i disciplinar soldados es mas fácil que tener ideas, hacer pueblos i hacer ciudadanos. Para aquello se necesitan caporales, basta un O'Donnell; para esto se necesitan hombres de Estado, se necesita un Peel. Aquello sirve admirablemente a los intereses, planes i exigencias de una política personal, al paso que lo segundo exigiria constituir un gobierno, una administracion, una nacion.

VIII.

Ilé aquí el imposible en España. Sus hombres no ambicionan el poder por lo que en él se puede hacer; lo que en el poder les seduce son sus goces, sus influencias, su brillo, lo que dá. Esto explica el rabioso encarnizamiento con que los partidos se lo disputan. Servirian a Belecebú, si Belecebú pudiera dar carteras, para valernos de una espresion de M. de Cassagnac sobre los partidos parlamentarios de Francia. Los partidos españoles son materialistas i atcos políticos. Los matices se acercan, se separan, desaparecen i reaparecen segun las exigencias de la batalla por el poder.

Ved a los progresistas despues de la revolucion de 1854. Perdieron las mejores horas de su victoria en escaramuzas parlamentarias para llegar a hacerse dueños exclusivos del poder. El señor Olózaga trataba de dividir a

los dos mariscales, como se llamaba entónces a Espartero i O'Donnell. O'Donnell trataba de suplantar a Espartero. Espartero, por su lado, no habia esfuerzo, transaccion ni concesion que no hiciera para mantenerse en la eminencia de la que se veia precipitado casi por un golpe de mano. Este impotente afortunado, halagado por todos, queria halagar a todos i concluía por abandonarlos a todos. Sonreia a la revolucion i votaba con la reaccion, estrechaba cordialmente la mano a los progresistas i sufría la presion de O'Donnell en el consejo; árbitro aparente de la situacion, era en realidad su juguete, porque no sabia entónces como no sabe hoi tener una política decidida. Sin embargo, en derredor de esta figura equívoca, en la que el hombre honrado tiene visos de intrigante i el héroe parece esquivar el peligro, se agrupa el progresismo puro i ronda una fraccion de la democracia: todo porque se vé en él una esperanza ministerial.

La caza a las carteras es lo que forma las agitaciones de aquella vida sin porvenir en que el dia siguiente es un terror, una sorpresa, lo desconocido. Parlamentos, gabinetes, hombres de Estado, partidos pasan sin dejar huella alguna de luz; impotencia o sangre es lo que marca su paso por los negocios.

¿Por qué se han disuelto estas o aquellas cortes? Por qué cae el ministerio Mon i por qué viene el ministerio Narvaez? Imposible saberlo. Las cortes disueltas votaban como un solo hombre con el gabinete. El gabinete tenia mayoría, no hai gabinete que en España no la tenga, i sin embargo ninguno puede vivir. Es que los gabinetes no son gabinetes, ni son partidos los partidos. Los gabinetes son directorios industriales, asociaciones industriales los partidos. Gobernar no es un deber, es un negocio. Por eso se vé a los moderados de Narvaez i de Gonzalez Bravo no entenderse con los moderados de Mon i de Pacheco, a los progresistas impuros de éstos no

entenderse tampoco con los progresistas impuros tambien de O'Donnell i Posada Herrera.

Lo que Pacheco decia, en 1854, de los partidos españoles, es aun mas exacto hoi, en 1866, que en aquel entónces, porque en aquel entónces aun no habia venido O'Donnell el corruptor omnipotente. Decia Pacheco:—
“Busco los partidos i no los encuentro ni aquí ni fuera de
“aquí. Los principios i las doctrinas los formaron, los in-
“tereses los han disuelto. No veo sino grupos diversos sin
“ningun principio comun que los dirija. ¿Dónde está el
“partido moderado? Está con la mayoría o está con la
“oposicion conservadora? Dónde está el partido progresis-
“ta? Está al lado del señor Olózaga o del señor Orense, o
“bien todavia con el señor Cortinas, retirado bajo su tien-
“da como otro Aquiles? Los partidos parecen en la im-
“potencia, porque la política no se hace con recuerdos
“buenos o malos, sino con el presente i el porvenir.”

El porvenir no existe para los partidos españoles. Cada uno dice como Luis XV:—“Despues de mí el dilu-
vio!” Todo lo que les importa es ellos mismos. Firman la paz o se hacen la guerra en su honra i provecho propios. Los moderados son enemigos de los moderados, los progresistas enemigos de los progresistas, todo porque este moderado es amigo de Narvaez i enemigo de Sartorius i este progresista es amigo de Espartero i enemigo de O'Donnell.

Entrad en las cortes. Siempre vereis en debate hombres, nombres propios. Las graves i severas discusiones de principios apénas aparecen en la tribuna española. Cuando mas sirven de medio para llegar hasta los hombres. Ahí estan las cortes constituyentes de 1855. La guerra parlamentaria hacia olvidar los mas solemnes debates sobre impuestos o sobre constitucion. Un voto de censura a un ministro valia mas que el triunfo de un principio. De esta manera, se ha hecho de los principios armas de

guerra, no medios de acuerdo; la verdad se ha hecho agresiva, no conciliadora: debe decidir de la suerte de un hombre i no de los destinos de un pueblo.

Semejante parlamentarismo es lójico que sea profundamente impotente. Elevará o abatirá hombres, jamás principios; será agitacion, pasion, lucha, cáos, no trabajo jerminador, no luz, bien ni verdad. Por eso ha producido tantos golpes de Estado, nunca un golpe de luz.

Él i sus obras son inestables. Ya se gobierna con el parlamento i ya se le abandona, a pesar de su eterna docilidad. ¿Se apasiona la discusion? El decreto de clausura no se hace esperar. Esto hacia decir al señor Olózaga en una carta a sus electores de Benabarre:—“Me preguntáis cuándo se abrirán las cortes, no lo sé i creo que nadie lo sabe. Otra cosa sería si me preguntáseis cuando se cerrarian, en el caso que llegaran a reunirse. A mé-nos de un cambio radical en la situacion, se cerrarán al día siguiente de aquel en que se hayan abierto. . . . Para esplicar la rapidez, la instantaneidad de un hecho cualquiera, se decia hasta aquí en un abrir i cerrar de ojos; se dirá en adelante:—*En un abrir i cerrar las cortes!*”

IX.

I como las cortes van los gabinetes. Aquello es una série no interrumpida de muertes prematuras. Solo O'Donnell ha sido poder cinco años i Narvaez tres. Esto es extraordinario. Los demas gabinetes, desde hace mas de quince años, viven solo meses. Ha habido gabinete, el del duque de Rivas, que solo vivió horas. El gabinete Rivas es conocido en la historia por el *gabinete de las cuarenta horas*. Es el mas atroz gasto de hombres que se vió jamás. Ha habido épocas en que Es-

paña ha gastado cuatro hombres por mes. Vamos a verlo.

MINISTERIOS ESPAÑOLES.

1853.

Primer ministerio en 14 de diciembre de 1852.

Jeneral Roncali, conde de Alcoy, presidente del Consejo i ministro de Estado;—don Alejandro Llorente, ministro de la gobernacion;—don Federico Vahey, ministro de gracia i justicia;—don Gabriel Aristizabal Reutt, ministro de hacienda;—jeneral Lara, ministro de la guerra;—jeneral conde de Mirasol, ministro de la marina i provisional de fomento.

Modificaciones.

El 10 de enero se retiraba el señor Aristizabal de la hacienda i le reemplazaba el señor Llorente, ministro de la gobernacion, quien, a su turno, era reemplazado por don Antonio Benavides.

Segundo ministerio en 14 de abril de 1853.

Jeneral Lerzundi, presidente del Consejo i ministro de la guerra;—don Pedro Egaña, ministro de la gobernacion;—don Manuel Bermudez de Castro, ministro de hacienda;—don Antonio Doral, ministro de la marina;—don Pablo Gavantes, ministro de gracia i justicia;—don Luis Lopez de la Torre Aylon, ministro de Estado;—don Claudio Moyano, ministro de fomento.

Modificaciones.

El ministro de hacienda Bermudez de Castro es reemplazado por don Luis María Pastor; el ministro de fomento Moyano por don Agustín Estéban Collantes, el ministro de Estado Lopez de la Torre Aylon, embajador en Viena, no acepta i es reemplazado por don Anjel Calderon de la Barca, embajador en Washington, que no alcanza a ocupar su puesto. Cuando llegó a Madrid el ministerio ya habia caído.

Tercer ministerio en 19 de setiembre.

Don Luis José Sartorius, conde de San-Luis, presidente del Consejo i ministro de la gobernacion;—don Anjel Calderon de la Barca, ministro de Estado;—el jeneral Anselmo Blaser, ministro de la guerra;—Castro i Orozco, marques de Jerona, ministro de gracia i justicia;—don Jacinto Félix Domenech, ministro de hacienda;—don Mariano Roca de Togores, marques de Molins, ministro de la marina;—don Agustín Estéban Collantes, ministro de fomento.

Modificaciones.

El 16 de enero de 1854, el marques de Jerona, ministro de justicia, se retira i es reemplazado interinamente por el señor Domenech. Este interinato duró hasta la muerte del ministerio que cayó al impulso de la revolucion de julio de 1854.

1854.

Después de la caída del gabinete del conde de San Luis, no es posible en el curso de este año organizar un ministerio. Se intentan muchas combinaciones, pero todas fracasan.

1855.

Cuarto ministerio en 6 de junio.

El general Espartero, duque de la Victoria i de Morella, conde de Luchana, presidente del Consejo sin cartera;—jeneral O'Donnell, conde de Lucena, ministro de la guerra;—jeneral Zavala, ministro de Estado;—don Julian Huelves, ministro de la gobernacion;—don Manuel Fuente Andres, ministro de gracia i justicia;—don Juan Bruil, ministro de hacienda;—don Manuel Alonso Martinez, ministro de fomento;—don Antonio Santa Cruz, ministro de marina.

Modificaciones.

El 15 de enero de 1856 desaparecian don Julian Huelves, don Manuel Fuente Andres i don Manuel Alonso Martinez, que eran reemplazados por don Patricio de Escosura, en la gobernacion, el señor Arias Uriá, en la justicia i el señor don Francisco Lujan en la cartera de fomento. El 7 de febrero otro cambio parcial: el señor Bruil, ministro de hacienda cedia el puesto al señor Santa-Cruz.

1856.

Quinto ministerio en 14 de julio.

Jeneral O'Donnell, presidente del Consejo i ministro de la guerra;—don Antonio de los Rios i Rosas, ministro de la gobernacion;—don Nicomedes Pastor Diaz, ministro de Estado;—don Claudio Anton de Luzuriaga, ministro de justicia;—don Manuel Cantero, ministro de hacienda;—don José Manuel Collado, ministro de fomento;—don Pedro Bayarri,—ministro de la marina.

Modificaciones.

El señor Luzuriaga, ministro de justicia, es reemplazado por don Cirilo Alvarez. El 20 de setiembre, don Pedro Salaverria, reemplazaba en la hacienda a don Manuel Cantero.

Sexto ministerio en 12 de octubre.

Jeneral Narvaez, duque de Valencia, presidente del Consejo sin cartera;—el marques de Pidal, ministro de Estado;—don Cándido Nocedal, ministro de la gobernacion;—don Manuel García Barsanallana, ministro de hacienda;—don Manuel Seijas Lozano, ministro de gracia i justicia;—don Claudio Moyano i Samaniego, ministro de fomento;—jeneral Lorzundi, ministro de la marina;—jeneral Urbistondo, ministro de la guerra.

Modificaciones.

El jeneral Urbistondo es reemplazado por el jeneral Figueras.

1857.

Sétimo ministerio en 15 de octubre.

General don Francisco Armero i Peñaranda, presidente del Consejo i ministro de la guerra;—señor Martínez de la Rosa, ministro de Estado;—don Manuel Bermudez de Castro, ministro de la gobernacion;—don Alejandro Mon, ministro de hacienda;—don José Casaus, ministro de gracia i justicia;—don Pedro Salaverria, ministro de fomento;—don José María Bustillo, ministro de la marina.

1858.

Octavo ministerio en 15 de enero.

Don Javier Isturiz, presidente del consejo i ministro de Estado;—don Ventura Díaz, ministro de la gobernacion;—señor Sanchez Ocaña, ministro de hacienda;—señor Fernandez de la Hoz, ministro de gracia i justicia;—don Ignacio Mencos, ministro de fomento;—general Ezpeleta, ministro de la guerra;—don José María Quesada, ministro de la marina.

Modificaciones.

Don Ventura Díaz es reemplazado en la gobernacion por el señor Posada Herrera.

Noveno ministerio en 30 de junio.

General O'Donnell, presidente del Consejo i ministro de la guerra;—señor Posada Herrera, ministro de la gober-

nacion;—don Pedro Salaverría, ministro de hacienda;—don Santiago Fernandez Negrete, ministro de gracia i justicia;—don Rafael de Bustos i Castilla, ministro de fomento;—don José María Quesada, ministro de la marina.

Modificaciones

El ministerio de Estado es integrado por don Saturnino Calderon Collantes. En 1860 el ministerio de la marina ha sido servido por el jeneral Macrohon i por el jeneral Zavala. En 1861 el ministro de fomento Bustos i Castilla ha sido reemplazado por el marques de la Vega de Armijo. El 17 de enero de 1863, el jeneral Serrano reemplaza en el ministerio de Estado al señor Calderon Collantes, el marques de la Vega de Armijo pasa a la gobernacion en lugar del señor Posada Herrera, don Nicomedes Pastor Diaz toma la cartera de justicia en lugar del señor Fernandez Negrete, don Francisco Lujan ocupa el ministerio de fomento, i el ministerio de la marina, vacante, es desempeñado provisionalmente por el presidente del Consejo. En febrero hai otra modificacion. Don Pedro Nolasco Auriolles reemplaza al señor Pastor Diaz i don Augusto de Ulloa entra en el ministerio de la marina.

1863.

Décimo ministerio en 2 de marzo.

El marques de Miraflores, presidente del consejo i ministro de Estado;—don Federico Florencio Vaamonde, ministro de la gobernacion;—don Rafael Monares, ministro de gracia i justicia;—jeneral José de la Concha, ministro de guerra;—jeneral Francisco Matta i Alos, minis-

tro de marina;—don José de Sierra, ministro de hacienda;—don Manuel Moreno Lopez, ministro de fomento;—ministro de ultramar, jeneral Concha, en seguida el señor Permanyer.

Modificaciones.

En agosto, el señor Sierra renuncia el ministerio de hacienda i le reemplaza el ministro de fomento Lopez, a quien sucede el señor Alonso Martinez. En setiembre se retira el señor Moreno Lopez i viene a ocupar su puesto en la hacienda el señor Lazcoiti.

1864.

Undécimo ministerio en 17 de enero.

Don Lorenzo Arrazola, presidente del Consejo i ministro de Estado;—don Antonio Benavides, ministro de la Gobernacion;—don Fernando Alvarez, ministro de gracia i justicia;—don Claudio Moyano i Samaniego, ministro de fomento;—don José Bautista Trupita, ministro de hacienda;—jeneral Lerzundi, ministro de la guerra;—jeneral Rubalcaba, ministro de la marina;—don Alejandro Castro, ministro de ultramar.

Duodécimo ministerio en 10 de marzo.

Don Alejandro Mon, presidente del Consejo sin cartera;—don Joaquin Francisco Pacheco, ministro de Estado;—señor Cánovas del Castillo, ministro de la gobernacion;—señor Mayans, ministro de justicia;—don Pedro Salaverria, ministro de hacienda;—señor Lopez Ballesteros, ministro de fomento;—jeneral Marchesi, ministro

de guerra;—jefe de escuadra Pareja, ministro de marina;
—señor Ulloa ministro de ultramar.

Total de ministerios en once años: DOCE MINISTERIOS.

Total de modificaciones: VEINTE I SEIS.

Total de hombres empleados: NOVENTA I CINCO.

X.

¡Tened así una política cualquiera, un plan cualquiera! Imposible. En todos los órdenes de la administracion i del gobierno se teje en España la tela de Penélope.

Ved la hacienda. El ministro de hoy deshace la obra del ministro de ayer. Este quiere extinguir la deuda flotante, sima en que se precipitan crédito, impuesto, contribuyente, nacion; el que le sigue cambia de miras i ordena que quede la deuda flotante. Un gabinete presenta un proyecto de reforma constitucional; el que le sucede retira la reforma; viene otro que vuelve a traerla, i otro que vuelve a llevársela.

Todo lo que se intenta por la prosperidad de la España es crearla industria fabril a la sombra de un absurdo sistema protector. El cabotaje es un privilejio; la introduccion de los cereales solo es libre en aquellos mercados donde los cereales españoles alcanzan 34 francos por hectólitro. No importa que el pueblo tenga hambre.

La prosperidad que ha traido esté sistema i la industria que ha creado, lo prueban las manufacturas catalanas. En la esposicion que hacia Barcelona, en 1860, presentaba como suyos tejidos ingleses a los que no habia hecho sino poner su marca.

Engaño, contrabando, carestía, hé aquí lo que produce el sistema aduanero de la España.

Haced en tales condiciones, rica, próspera, ordenada a una nacion!

XI.

La situacion interior se refleja tremenda en la política exterior. Hai en esta política equívoco, atolondramiento, presuncion, una versatilidad que ha llegado hasta sacar de paciencia al flemático emperador frances. Nunca avanza sino es para retroceder. Tolera todas las afrentas del fuerte, ruega, se humilla ante él. Solo con los débiles es intransigente i brutal.

España anexa a la república dominicana para tenerla que abandonar.

Promueve la espedicion de Méjico: es la primera en llegar i la primera en retirarse.

Si alguien tenia un pretexto plausible pára intervenir era ella, que, en 1856, habia visto saqueados i asesinados a sus nacionales por el motin, i que, en 1860, veia apresados sus buques i despedido a su embajador. Despues de tener un honor del dia siguiente, se retira. Es que no iba a Méjico por cuestiones de honra, iba para tomar subrepticamente el mando de la espedicion interventora, miéntras que en Europa no pedia ni se le acordaba otro puesto que el de ausiliar. Ahí está probándolo el despacho del señor Isturiz, embajador español en Lóndres, que escribia a su gobierno en 27 de abril de 1860:—“Habiendo es-
“puesto a lord John Russell los motivos que impulsan al
“gobierno de la reina a *ofrecer su cooperacion* para concluir
“con la anarquía que devora a la república mejicana,
“aguardé la respuesta del ministro de su majestad bri-
“tánica, que *se reduce a aceptar la cooperacion de España.*”

En 2 de junio del mismo año escribía M. Barrot, embajador frances en Madrid, al ministro de Isabel II:—
“M. Thouvenel me escribe que ha tomado conocimiento
“del despacho que se le ha dirijido para hacerle cono-
“cer el *deseo expresado* por el gobierno de su majes-
“tad católica de tomar parte en los esfuerzos que tien-
“ten la Francia i la Inglaterra para poner término a
“la lucha de que Méjico es teatro. El gobierno del em-
“perador está mui dispuesto a *acceder a los votos* del go-
“bierno de su majestad católica.” La España mendigaba
un puesto de ausiliar en tanto que halagaba la soberbia
castellana de su pueblo haciéndole soñar con el primer
papel. El pueblo español, siempre niño i siempre vano,
aplaudia, i ya se veía levantando tronos en América, él,
que, en 1852-53, no podía defender a Cuba e impetraba
la compasion de la Francia i la Inglaterra para que
arrancaran a los Estados-Unidos un tratado por el cual
se comprometieran los tres a conservarle su colonia. No
hai para que decir que fué una negativa lo que se ob-
tuvo de los Estados-Unidos.

Realmente, España quiso apoderarse por sorpresa del
gran puesto. Para esto sus tropas ocupaban a Vera-
Cruz sin aguardar a los aliados. Para esto envió un
contingente superior al de la Francia i lo puso a las
órdenes de un jeneral de mas alta graduacion que el
jeneral frances. Pero Napoleon III no se deja sorpren-
der. Aumenta apresuradamente sus fuerzas i da a su
jefe, en el momento de hacerse a la vela, un ascenso que
le coloca al nivel del español. Todos los planes de la
corte de Madrid quedan desbaratados. La España que
mira roto el lazo, se retira, i ejecuta así un acto glorioso
por casualidad, guiada solo de su despecho de no ser el
primer criminal, i de que la conquista no se consume en
provecho de su casa soberana.

Nada es mas miserable que su actitud en presencia

del acontecimiento. Aprueba i culpa a Prim. Aprueba a Prim i envía un embajador a Paris que tiene una política diametralmente opuesta a la del jefe expedicionario. Así, miéntras que dice a Prim:—Habeis hecho bien! va a decir a Tullerías:—Prim ha hecho mal! Esto es lo que ha afirmado el jeneral Concha en pleno Senado español. “Cuando se me mandó a Paris, decia en sùstancia, no fué para hacer la política del gabinete, fué para hacer mi política. Si el gobierno se habia convertido a ella, no lo sé. Lo que sí sé, es que yo no me habia convertido a la que parecia suya.” Se trataba de jugar doble juego: se queria aprobar a Prim i aplacar a Napoleon III.

De nada sirvieron al gabinete sus terjiversaciones. Napoleon III le aplicó una correccion, que fué mas arriba de él, que subió hasta el trono.

Al recibir al jeneral Concha le dijo:—“Desde mi advenimiento al trono, no he despreciado, no lo ignorais, ninguna ocasion de atestiguar a la reina de España mi viva simpatía, como a la nacion española mi profunda estimacion. Me ha aflijido, pues, *tanto como sorprendido* la diverjencia de opinion ocurrida entre nuestros dos gobiernos. Sea lo que quiera, la eleccion que acaba de hacer la reina, para representarla, de un hombre tan conocido por la lealtad i la nobleza de sus sentimientos me hace esperar una apreciacion imparcial de los acontecimientos que han tenido lugar. Encontraréis cerca de mí la acogida de que sois digno. En efecto, os sé animado hácia la Francia de los mismos sentimientos de vuestro predecesor, que ha dejado entre nosotros los mejores recuerdos. Aprecio, no lo dudeis, las *intenciones conciliadoras* que os han hecho aceptar una mision en *circunstancias delicadas*. *No depende sino de la reina de España*, podeis asegurárselo, tener siempre en mí un aliado sincero i *consecrar* al pueblo español un amigo leal que desca su grandeza i prosperidad.”

Para marcar mejor la premeditacion de sus palabras, el emperador, no recitó, leyó su discurso.

Grande alarma en España. El gabinete queda como herido del rayo. Trata de indignarse, se hace el indignado; pero mientras tanto mueve todas las influencias para que el emperador tenga piedad de él. El emperador se apiada al fin, i en una conferencia con el embajador español, le dice que España ha interpretado mal sus palabras. El gabinete halla exacta la observacion del César i echa a vuelo todas sus campanas. Las relaciones prosiguen su curso amistoso. Pero el César parece que no se cura. He aquí que en 1865 vuelve a sus observaciones inconvenientes, como las llama la prensa española, i todavía aprovechando la recepcion de un embajador. La grita vuelve i pasa; pero la huella del látigo queda.

Felizmente, la España moderna tiene de antiguo el hábito de beber las humillaciones i las amarguras del mas franco desden. Se irrita; pero para aplacarse pronto. Sus cóleras, como los accesos de un moribundo, no hacen sino aumentar su abatimiento.

Así se la vió en el negocio Bulwer, hablar el lenguaje de la altivez herida para concluir en una palinodia. Esto no obsta a que España esté orgullosa de su audacia de un cuarto de hora.

Lord Palmerston, indignado de la manera brutal como el gobierno español reprimia los tumultos sin trascendencia que repercutian en España los acontecimientos de la Francia de 48, habló al gobierno español de humanidad. Este se irrita i sobreponiéndose a su miedo, no sin dolorosas vacilaciones, devuelve al embajador ingles el despacho de lord Palmerston con una nota conminatoria en que se le dice:—“El gobierno español declara que, si su “cediere otra vez que vuestra señoría no se limitase en “sus comunicaciones oficiales a los puntos de derecho in- “ternacional, i pretendiera, ultrapasando los limites de su

“mision, mezclarse en los negocios particulares de España, me veré en la necesidad de devolverle estas comunicaciones sin otra respuesta.” Esto es perentorio. Así habla la dignidad herida.

Mr. Bulwer continúa prestando a los liberales españoles el apoyo de la Inglaterra. Desórdenes sobrevienen, i se le señala como su instigador. Lo que hai evidente es que un diario, el *Clamor Público*, que hacia cruda guerra a los hombres del gobierno, estaba bajo sus inspiraciones i su patrocinio. Los ministros hacen un nuevo i supremo esfuerzo, i envian sus pasaportes al embajador ingles. La España salta de alegría; sueña con una segunda invencible armada; parece un niño que se goza en la ilusion de haber espantado a un gigante.

Esto pasaba a fines de 1849.

Principia 1850. No se corren muchos meses, i ya, la que despedia, suplica i logra interesar al rei Lopoldo para que interponga su influencia cerca de la Inglaterra. En 30 de marzo escribia un despacho de excusas en el que asegura que “en las medidas que habia creido necesario “tomar en circunstancias alarmantes, no tenia la intencion de hacer la mas lijera ofensa a la Gran-Bretaña, “ni herir de manera alguna su dignidad.” Lord Palmers-ton la envia su absolucion en 20 de abril. España pedia perdon por haber tenido dignidad.

Llega la guerra de Marruecos. España se dispone a jugar al conquistador. La Inglaterra interviene i le manda que desista de su propósito. La nacion indomable obedece.

El 29 de octubre de 1860, el ministro de Estado dirije a todos los representantes diplomáticos de España en el exterior una circular en que se lee:—“Cualesquiera que “sea el resultado de las operaciones militares i la naturaleza de las garantías que el gabinete español pueda “exijir para evitar la renovacion de los atentados come-

“todos, el gobierno de su majestad, *fiel a sus intenciones*
“de respetar los *intereses que existen* i los derechos de
“todos los pueblos: no ocupará de una manera perma-
“nente ningun punto cuya posesion pudiera procurar
“a España una *superioridad peligrosa para la libre na-*
“*vegacion del Mediterráneo.*”

Tal es el valor, la dignidad, la indomable soberbia de la España moderna: pide excusas por haber hecho uso de su derecho; hace una guerra ridícula porque así lo quiere el fuerte.

Pero esto no aplaca a la Inglaterra. Pronto recuerda una antigua deuda, es tan fácil hallar créditos contra España, i reclama su pago. Si no hai pago, no hai expedicion! España, cosa asombrosa, paga esta vez.

XII.

Nada caracteriza mejor la nulidad presuntuosa de la España en el concierto europeo, que su actitud en la cuestion italiana. Da lástima. Es el mendigo del Evangelio a la puerta del festin del rico. Habla; no se la escucha. Protesta; se la vuelve la espalda. Los acontecimientos marchan sin embarazarse en lo menor por el mal humor castellano. Desde que la Europa ha leído el Quijote, confunde a la España con su héroe.

Intercede por la duquesa de Parma; la duquesa de Parma es desposeída. Trata de salvar el reino de las Dos-Sicilias; el reino de las Dos-Sicilas cae en poder de Garibaldi i pasa a ser una provincia italiana. En vano Grifeo, el embajador de Francisco, pide una condenacion enérgica o un cuerpo de tropas. España a nada se atreve, sino es a dar ocultamente guerrilleros que vayan a alimentar el bandalaje. Napoleon III queria la unidad, i era preciso que su voluntad se hiciera i su voluntad fué hecha.

Toda su accion exterior se limitó a ordenar a su embajador en Nápoles que tomara la posta i siguiera en su retirada al monarca destronado.

Un jesto de Napoleon basta para que la España ceda. Bien lo prueban los archivos de los consulados napolitanos en Portugal. España se apodera de ellos. Italia los reclama. Se le niegan con soberbio desden. Napoleon interviene i dice:—Entregad! España entrega.

La Santa-Sede peligra. España escribe una nota al gabinete frances en que no se sabe lo que quiere fuera de un Congreso de las potencias católicas para salvarguardar los derechos del papado. Siempre el sueño de llegar a hombrearse con las grandes potencias. No ha podido entrar en sus consejos por las puertas de la fuerza, quiere entrar en ellos por las dela relijion. Pero en vano llama; no se le abre. M. Thouvenel responde que está bien. España se da por satisfecha.

El duque de Gramont, embajador de Francia en Roma, escribia a su gobierno, con motivo de la interposicion española, al salir de una entrevista con el cardenal Antonelli, que su eminencia “parecia mediocrementesatisfecho de la incertidumbre de redaccion de la nota española i de las vagas proposiciones en ella presentadas.” El señor Calderon Collantes, el gran diplomático de la Union liberal i el ministro de Estado de aquel entónces, tiene el especial talento de no hacerse entender. Ya hable o escriba, no se sabe jamas lo que quiere decir. Es un perpétuo equívoco. De aquí que sus embajadores obedecen sus instrucciones o las infringen segun le conviene. Siempre ha dado las instrucciones que aparecen cuerdas despues del acontecimiento. En una palabra, el señor Calderon Collantes tiene una incontestable especialidad para el embrollo. Son estos los ministros que encantan a O'Donnell. No gusta de rodearse

sino de nulidades, de hombres tornillo, nunca de hombres rueda. Es mortal enemigo de toda superioridad.

Nadie reconocerá a esta España en la España del Perú i de Chile. I sin embargo, es la misma. Quiere vengarse en la América de las afrentas de la Europa. La nacion que deja impasible un jiron de su honra en poder del ingles, mueve guerra al Perú por un español muerto en riña, i muévela tambien a Chile por una intencion de ofensa a su bandera. Pero, aquí mismo, el *lance arriesgado* de las instrucciones a Pareja es toda una revelacion.— Sed tremendo con los que tiemblan! Cuidado con los que tengan la fantasía de atreverse!

XIII.

Ni puede hacer otra cosa. No hai salud para España sino en nuestra cobardía. Solo es capaz de echar abajo puertas abiertas.

Dice lord Macaulay hablando de la España de Cárlos II:—“Un ejército indisciplinado, una flota pudriéndose en los puertos, un consejo incapaz, un tesoro vacío, “era todo lo que quedaba de tanta grandeza.”

Mas de ciento sesenta años van corridos, i la situacion es la misma.

Preguntad a O'Donnell por la disciplina del ejército.

Preguntad a la *Triunfo* incendiada i a la *Covadonga* perdida por la suerte de la flota.

Preguntad a los ministros que se suceden por la capacidad de los consejeros.

Preguntad a los acreedores estafados por la riqueza del tesoro.

La España moderna es la nacion que de quince millones de habitantes tiene doce que no saben leer; que cuenta diez millones de hectáreas sin cultivo, un millon

tan solo irrigadas. La España moderna es la nacion de las protecciones. Allí los ministros tienen que luchar con las plebes harapientas de las calles i las plebes doradas de los palacios: los tumultos de aquellas los reprimen a balazos, los tumultos de éstas dan con ellos en tierra. La España moderna es la nacion de los ministros defraudadores. Allí es crimen pensar, escribir es un monólogo desesperante, la inteligencia solo puede vivir de la intriga política, o siendo comensal del poderoso. La España moderna está a la puerta de la luz i odia la luz. No quiere sino soldados i buques. Acostumbrada a ser alimentada por la América, se muere de hambre desde que la América no la alimenta.

La España moderna no es sino un rico heredero arruinado. Podria recuperar su fortuna por el trabajo. Pero nó: esto no conviene con sus hábitos: toma un trabuco i se va a imponer rescate a las jentes honradas.

